

## ¿Cuál muerte es digna del hombre?

Luis Armando Aguilar Sahagún

**La pregunta por la vida buena** ha sido central para la filosofía práctica o Ética.

Desde el alborear de las grandes civilizaciones se captó que **el modo de proceder del hombre**, según el orden del bien, **estaba ligado a la vida lograda o feliz**. Virtud y vida buena son indisolubles.

La pregunta por la felicidad y por el sentido de la vida no se plantean de espaldas a la muerte, sino justo delante de ella. Dado que los días del hombre son contados; dado que sus proyectos pueden ser mayores que sus fuerzas; dado que las tareas pueden estar por encima de las fuerzas; dado que las exigencias éticas como la justicia o la paz pueden rebasar con mucho las realizaciones históricas; dado que el hombre es un ser finito que descubre, al interrogarse por la verdad y por el bien, su apertura a un horizonte infinito, la cuestión de lo que sea bueno en la vida, lo que sea, en cada caso, mejor, urgen a dar respuestas con seriedad inaplazable.

**La muerte acompaña al hombre desde que nace**. Sócrates es el tipo de sabio que hace de la filosofía una forma de vida fundada en la verdad, y un camino para saber morir. La paradoja es que, haciendo el bien, Sócrates muere bien. Padeciendo la injusticia, Sócrates se hizo más justo, encarnando así la puesta en marcha de la inquietud radical que anida en todo hombre en el anhelo por darle un sentido trascendente a su vida. A Sócrates sus verdugos le dieron una buena muerte.

### **La buena muerte**

Es algo que todos deseamos. Es algo que, sin poderlo poner en palabras o que tenga una representación concreta, todos intuimos que sería lo más deseable que nos ocurriera, en el entendido de que se ha aceptado el hecho de morir, y de que eso pudiera ocurrir en cualquier momento. Asumir la muerte, acoger la extrañeza de lo que se nos presenta, quizá, como un dejar de ser, puede ser difícil, aterrador. Al grado de que evadimos tenerla presente en primera persona. Pero la evasión no puede eximirnos de un caminar hacia... El significado del buen morir se expresa en imaginarios sociales y artísticos; forma parte, así mismo, de cosmovisiones religiosas y concepciones filosóficas. Algunas personas se forman una idea de cómo les gustaría terminar sus días. Todo esto supone suficiente lucidez, serenidad, opciones y actitudes adoptadas mientras la vida sigue apareciendo, en medio de penas y dificultades, valiosa y amable.

En este contexto, la cuestión de la eutanasia ha entrado a formar parte del cuestionario básico de la bioética en nuestros días. Se trata de una cuestión que se plantea a propósito de **los sufrimientos de la vida que nos pueden llegar a parecer insoportables**; de dolores físicos o de grandes disminuciones en el uso de capacidades y facultades. Formas de existir en las que la palabra “felicidad” parece perder todo significado o posibilidad. Y dado que se trata, en todo caso, de una vida humana a la que está asociada la igual dignidad que la hace valiosa en sí, el cercenar la vida “por

piEDAD” ha llevado a los hombres a preguntarse qué valores están en juego. Así, autonomía, justicia, muerte digna se han convertido en factores que piden una recta ponderación para tomar decisiones. Ya se trata de una eutanasia pasiva o de una activa, se trata de modos de intervenir, de enfrentar la muerte de otro modo al de una “muerte natural”.

### **El misterio de la muerte**

La cuestión de la eutanasia suele plantearse en términos de posicionamiento moral: sí o no, a favor o en contra; de proceder al modo liberal o al modo conservador; tema tabú o asunto trivial. ¿Sabemos realmente lo que está en juego? ¿Es posible hacer un juicio objetivo sobre un misterio? ¿Podemos disponer, en “autonomía” de lo que sabemos que no es nuestra posesión? ¿Es posible ser “objetivo” de cara a las víctimas de una vida disminuida, insoportable quizá, sometida a un dolor insoportable? ¿Es posible ser empático y, al mismo tiempo, objetivo, frente a un semejante que no quiere más vivir? ¿En qué medida el cercenar la propia vida o contribuir a que otros lo hagan es un buen morir? ¿Está dispuesta la sociedad a asumir la exigencia del “rostro del otro” que dice “no me mates” (E. Lévinas) y que, al mismo tiempo se dice a sí mismo “mi vida es mi vida”, “denme ya una buena muerte”? ¿Es **auténtica autonomía decidir no vivir más**? ¿Es a utonomía la decisión de este tipo cuando para ejecutarla es necesario toda una estructura social, moral, sanitaria, estatal que la hace posible? ¿Hemos domesticado el sentido del misterio de la propia existencia? ¿Queda externalizado lo que ocurre en lo más

profundo del fuero interno en la simple disyuntiva “sí o no” quitarse la vida o ayudar a que otro la pierda? ¿Es la eutanasia un modo de atestiguar un misterio que algún día fue motivo de celebración? ¿No habría que plantear los problemas, dilemas y aporías de la eutanasia a partir del “nosotros”? ¿No es Dios el último interlocutor, la presencia ante la que, quien muere, toma sus decisiones?

Estas y otras interrogantes **interpelan nuestra conciencia** frente a este delicado tema. La relevancia de no esquivarlas o responderlas sin tener presente el sentido del misterio está ligada al hecho de que no acabamos de saber qué es vivir y vivir bien, cuando, a causa del sufrimiento que nos parece o excesivo o inútil, tenemos que enfrentar el buen morir. Lo que intuimos es que la vida no es una pasión que se consume inútilmente, que tiene una honda belleza y bondad que nos hace amarla y aferrarnos a ella. Si el caso Sócrates nos sigue interpelando, es porque descubrimos que en su decisión de aceptar la muerte hubo valores que le parecieron mayores que el de su propia vida.

Cualquier consideración ética tendría que tomar en cuenta **algunos datos básicos acerca del ser humano**, que fácilmente pueden pasar inadvertidos. Podemos enunciarlo aludiendo a lo que implica la realidad del “nosotros”, el valor y el sentido de la vida, la dignidad humana y el misterio del ser. Realidades interconectadas unas con otras.

**Vivimos en relaciones y de relaciones.** “Toda vida verdadera es encuentro” afirma Martin Buber. Relación es una vinculación vital entre personas. Esta afirmación supone el verdadero encuentro de un yo con un tú, un nosotros y un ellos. En el orden funcional, antropológico y biográfico, los vínculos pueden ser de muy distinta naturaleza. La profundidad de los vínculos sociales supone un tipo de amistad entre los hombres. Solemos valorar de forma especial los vínculos de tipo afectivo, aquellos que nos unen más a los otros. La naturaleza del vínculo social toca las fibras más profundas de lo humano. El orden de la comunicación en el que llegamos a advertir que conformamos un *solidum* entre todos los hombres.

Casi todas **las personas intuyen que su vida tiene un significado y un gran valor**. Que existe un quehacer en el mundo que ha de ser valorado, al menos por quien lo realiza y que ha de llenar la vida de felicidad. Cuando descubrimos el hondo significado de ciertos momentos y experiencias vitales intuimos que, en medio de lo fugaz y lo perecedero, hay algo que permanece.

“El dolor dice ‘pasa’. El placer quiere eternidad, profunda eternidad”. La frase citada del pensador Federico Nietzsche indica ya que la vida encierra un hondo misterio, que no acabamos de aprender a venerar. La eutanasia busca que el dolor pase. Quien decide por la eutanasia, en la medida en que se es consciente, se hace cargo por su cuenta de **adentrarse en ese misterio, o de ignorarlo**. Hay en una decisión así algo profundamente desconcertante. La vida nos es dada. La conciencia del don trae consigo la gratitud...

El sentido está en la propia vida y está en los otros. No se trata meramente de una cuestión de autonomía. Ésta, bien entendida, nos vincula más a los demás que las leyes heterónomas. La autonomía descubre la común humanidad que nos une a unos con otros. Es expresión del descubrimiento de la propia dignidad. Y ésta pasa, como advirtió E. Kant, por el asombro, lleno de veneración, ante la ley moral “dentro de mí”.

En el corazón del hombre anida **un profundo “apetito de ser”**, una exigencia ontológica (G. Marcel). La vida es un misterio, no un problema. No podemos simplemente ponerla frente a nosotros como un objeto. Estamos de tal manera envueltos en el ser que no cabe afirmar simplemente que la vida es “mía” a título de propiedad privada. El misterio del ser es el misterio de la relación intersubjetiva, del ser-con y para los otros. La vida es mía en cuanto que sólo a mí corresponde responder por lo que en conciencia y libertad haga de ella, siempre en referencia a los demás, a partir de las posibilidades que nos ofrecen y de lo que nosotros, por nuestra parte, podemos dar. Nos debemos a los otros. En este sentido, la vida es indisponible. La paradoja de la eutanasia es un disponer de la vida.

**Buena muerte es morir con dignidad, de cara a los otros, de cara a sí mismo**. De cara a quien, acaso anónimamente, nos habla e interpela desde el fondo de nuestra propia conciencia. Si, como afirma Martin Buber, **“toda vida verdadera es encuentro”**, la muerte, como culminación de la vida, es el encuentro definitivo con quienes amamos, y de quienes deseamos despedirnos causando el menor dolor posible. Y es también el encuentro definitivo con el Tú a quien debemos la vida.

La muerte digna del ser humano es la que lleva a su culmen la vida verdadera. “Porque lo más propio de la vida es que no nos pertenece” la eutanasia no puede ser un tópico más de la Bioética. Apela al sentido del ser hombre, al significado que encierra cada vida, que siempre es encuentro; a un misterio sagrado que acaso no hayamos aprendido a venerar adecuadamente; que, en todo caso, creemos, a todos nos espera.

Quien decida en favor de la eutanasia tendría que **preguntarse si en realidad sabe lo que está en juego y ha aprendido a venerarlo**. La decisión de rebasar por cuenta propia el umbral de la vida pide nuestro respeto, aun cuando sintamos que ni la autonomía ni la disminución del sufrimiento sean más valiosos que la vida “viva”.